

2008

“Cabotín: el último exquisito y el primer cronista de la modernidad limeña.” Enrique A. Carrillo (Cabotín.) *Obras reunidas*. Edición, prólogo y cronología de Miguel Ángel Rodríguez Rea. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007. 770 páginas.

Marcel Velázquez Castro

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Castro, Marcel Velázquez (Primavera-Otoño 2008) “Cabotín: el último exquisito y el primer cronista de la modernidad limeña.” Enrique A. Carrillo (Cabotín.) *Obras reunidas*. Edición, prólogo y cronología de Miguel Ángel Rodríguez Rea. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007. 770 páginas.” *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 67, Article 28.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss67/28>

This Reseña is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in Inti: Revista de literatura hispánica by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

«Cabotín: el último exquisito y el primer cronista de la modernidad limeña». Enrique A. Carrillo (Cabotín). *Obras reunidas*. Edición, prólogo y cronología de Miguel Ángel Rodríguez Rea. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2007, 770 páginas.

La crónica modernista hispanoamericana está asociada a complejos fenómenos: la profesionalización del escritor, el periodismo como la conjunción del mercado y la literatura, la expresión y búsqueda de un estilo original, la experiencia de los límites de la modernidad, entre otros. En la crónica, los escritores hispanoamericanos volvieron a preguntarse por su identidad nacional y colectiva desde los pliegues críticos de una sociedad burguesa y capitalista que iniciaba su consolidación. La crónica significa una nueva experiencia del tiempo y del espacio: la construcción simbólica de las ciudades modernas.

Enrique A. Carrillo, mejor conocido por su seudónimo *Cabotín*, fue el primero y el más refinado representante de la crónica modernista en el Perú. Desde su columna “Viendo pasar las cosas” comentó con estilo e ironía los fuegos fatuos, las figuras sociales, y el ritmo del tiempo de una Lima que vivía una modernización social acelerada.

El vasto y valioso periodismo peruano de las dos primeras décadas del siglo XX revela una consolidación de la cultura de lo escrito, un desarrollo de la comunicación visual, una sensibilidad cosmopolita y una reflexión crítica sobre la vida privada y el orden público de la sociedad. La experiencia de la modernidad y sus nuevas formas de sociabilidad encuentran en las páginas de los periódicos y revistas de la época no sólo su formalización sino también sus caminos de constitución. Así como el fonógrafo, el teléfono y el cine revolucionaban las tecnologías de comunicación social, la prensa se renovó drásticamente gracias a los cables de noticias que llegaban mediante el telégrafo y a la creciente inserción de fotografías, dibujos y caricaturas.

La conversación frívola, pero elegante fue la gran protagonista de la intensa sociabilidad en hoteles, salones, clubes, cafés. Esta nueva sensibilidad requería de un género narrativo breve, ágil, leve, ora humorístico, ora irónico, siempre amable con el lector. La crónica modernista fue el formato discursivo preferido para hablar de la ciudad y sus cambios sociales, del teatro y sus artistas, de los novedosos medios como el tranvía eléctrico y el automóvil, de las fiestas y sus mujeres, de la inédita vida nocturna, de la política y sus avatares. Carrillo, Yerov y Valdelomar son el trío fundacional en la tradición literaria limeña.

EL CRONISTA EXQUISITO

Las crónicas de Cabotín se publicaron en diversos periódicos y revistas de la Lima de la *belle époque*, también denominada República Aristocrática (1895-1919). Su columna “Viendo pasar las cosas” apareció en *Actualidades*, *El Diario*, *La Prensa*, *La Opinión Nacional* y *Mundial*. Adicionalmente, escribió poesía, relatos y una notable novela. Fue un personaje singular, un hombre culto que disfrutaba del inglés y del francés como lenguas literarias, pero no olvidaba la majestad del latín ni los recovecos de la prosa castellana. Cosmopolita y sibarita, su talento pasó casi inadvertido entre sus contemporáneos. Luis Alberto Sánchez recuerda así su rostro de niño feliz: “redondo, sonriente, lampiño, al cual su inconmensurable miopía daba un aire de curiosidad burlona”.

Sus crónicas son modelos de concisión, expresividad y originalidad. Desde la nostalgia o la sorpresa, desde el entusiasmo o el malestar, sus textos van iluminando la ciudad y la sociedad en sus aspectos más íntimos; cultivó con éxito el arte de encontrar lo significativo en la turbamulta de lo cotidiano.

Condenó firmemente las antiguas costumbres electorales que sobrevivieron en la nueva república de notables: “El garrote y el revólver, hábilmente alternados con la butifarra y la chicha, eran los elementos decisivos en lo que ha dado en llamarse la batalla de las ánforas” (381). Su ironía brilla en dos textos de antología: “Las viejecitas” y “El día de una limeña”: “Una vieja parienta es el mejor adorno de un comedor”; “en la flamante ‘ciudad del siglo XX’, las viejecitas no tienen ya razón de ser, y por eso, para acabar con las que quedan, vamos a implantar el tranvía eléctrico”; “la limeña trabaja (...) borda o teje, cose o escribe postales a las amigas ausentes. Hasta hay algunas que leen... ¡Palabra de honor!”. Por otro lado, su amor por el mar y los balnearios se aprecian en su delicado lirismo para referirse a Chorrillos: “Y había una oculta y exquisita poesía, en esos paliques, durante los cuales la vista seguía el vaivén de las ondas y contemplaba cómo la espuma despliega su cauda de plateados encajes sobre

sensibilidad cosmopolita en el seno de nuestra tradición narrativa. La evocación de la ciudad perdida “que sueña inclinada sobre su playa anchurosa, donde la espuma de plata dibuja incomprensibles signos” alcanza, paradójicamente, una perturbadora concreción material.

Las *Obras reunidas* de Cabotín, precedidas de una introducción de Miguel Ángel Rodríguez Rea, contienen también todos sus poemas y sus escasos, pero agudos textos de crítica literaria. Su memorable prólogo a *La canción de las figuras* (1916) de José María Eguren inicia con perspicacia la revaloración del poeta barranquino.

La prosa de Cabotín se levanta como un alto testimonio de la elegancia espiritual del modernismo limeño, y como un señero ejemplo de que es posible incendiar el museo de los lugares comunes en el periodismo.

Marcel Velázquez Castro
Universidad Nacional Mayor de San Marcos